

“bios, como dicen algunos autores, sino tambien por
 “compra y venta. Tenian cinco clases de moneda co-
 “rriente, aunque ninguna acuñada, y que les servia
 “de precio para comprar lo que querian. La primera
 “era una especie de cacao, diferente del que les ser-
 “via para sus bebidas, y que giraba sin cesar entre
 “las manos de los traficantes, como la moneda de co-
 “bre ó la plata menuda entre nosotros. Contaban el
 “cacao por *jiquipilli*, que como ya hemos dicho, valia
 “ocho mil; y para ahorrarse el trabajo de contar
 “cuando la mercancía era de gran valor, calculaban
 “por sacos, estimando cada uno de ellos en valor de
 “tres *jiquipillis* ó veinticuatro mil almendras. La se-
 “gunda especie de moneda consistia en unos pedacitos
 “de tela de algodón que llamaban *patolcuahlli*, y que
 “casi únicamente servian para comprar los renglones
 “de precisa necesidad. La tercera era el oro en gra-
 “no contenido en plumas de ánade, las cuales por su
 “transparencia dejaban ver el precioso metal que con-
 “tenian, y segun su grueso era de mayor ó menor
 “precio. La cuarta, que más se aproximaba á la mo-
 “neda acuñada, consistia en unos pedazos de cobre
 “en figura de T, y sólo servian para los objetos de
 “poco valor. La quinta, de que hace mencion Cortés
 “en sus cartas, eran unos pedazos de estaño.

“Vendíanse y permutábanse las mercancías por nú-
 “mero y por medida; pero no sabemos que se sirvie-
 “sen de peso, ó porque lo creyesen expuesto á frau-
 “des, como lo dicen algunos escritores, ó porque no
 “lo juzgasen necesario, como afirman otros, ó porque

“si lo usaban en efecto, no llegó á noticia de los es-
 “pañoles.”

LECCION DÉCIMAQUINTA.

Lengua mexicana.—Oratoria y poesía.—Teatro.—Música.—Baile.
 —Juegos.—Pintura.—Caracteres numéricos.—Escultura.—Fun-
 dición y mosaico.

La lengua mexicana era la propia y natural de los
 acolhuas y de los aztecas, toltecas, y de toda la fami-
 lia.

Carece totalmente de las consonantes *b, d, f, g, r* y
s: abundan en ella la *c, x*, la *t* y la *z*, así como los so-
 nidos compuestos *tl, tz*. Hay poquísimas palabras agu-
 das: casi todas las palabras tienen la penúltima sílaba
 larga. Sus aspiraciones son suaves, y ninguna de ellas
 es nasal.

A pesar de la falta de consonantes que hemos men-
 cionado, es idioma rico, culto y expresivo, aunque no
 al punto, como han pretendido algunos admiradores
 entusiastas, de ser superior á otros idiomas cultos.

Faltan á la lengua mexicana los superlativos y com-
 parativos; pero suplen esta falta con partículas de que
 se sirven diestramente.

Los verbos tambien se adicionan y varian, hacien-
 do su uso abundante y expresivo: por ejemplo *chihua*
 significa hacer; *chichihua*, hacer de prisa; *chichilea*, ha-
 cer á otro; *chihuallia*, mandar hacer; *chihuathu*, ir á
 hacer.

Hay voces en el idioma mexicano, que empleadas

en la conversacion la hacen cortés y respetuosa. *Tatli* significa padre; *amotatzin*, vuestro señor padre.

Tleco es subir: usado como mandato á un inferior, es *xitleco*; como ruego á un superior, es *ximoltecahui*; á una persona muy respetable, se decia *maximoltecahuitzin*.

Tlazotli quiere decir amado; *mahuitzin*, amado y reverenciado.

Permite el mexicano la formacion de una palabra compuesta de otras dos ó tres, y en los nombres su definicion por medio de palabras compuestas.

Hemos visto, al hablar de los embajadores y del príncipe Netzahualcoyotl, que en la oratoria y la poesía eran los mexicanos extremados: acostumbraban á los niños desde su infancia más temprana á hablar con elegancia y propiedad.

Los sacerdotes eran los que cultivaban estas artes preciosas que tanto enriqueció el talento.

La poesía se ostentaba en himnos á los dioses, máximas de la moral más pura, y como debe ser la elevada poesía en las nobles manifestaciones de los sentimientos del alma.

En el lenguaje abundaban las comparaciones á que una naturaleza rica, un cielo purísimo y aire poblado de aves canoras y una tierra esmaltada de flores deliciosas se prestan. En la poesía era donde abundaban las palabras compuestas: se encuentran de éstas que llenan un solo verso de los mayores.

Háblase mucho de las composiciones dramáticas, y aun se mencionan con aprecio las referentes á la apa-

ricion de la Virgen de Guadalupe; pero por lo que dice Clavijero, se viene en conocimiento de que habia teatro en que se hacian representaciones burlescas y aparecian sordos, cojos, tullidos, y sanaban por influjo de los dioses, y las muchachas y bailarinas hacian el final de estas fiestas en medio del regocijo universal.

Los primeros misioneros, aprovechando la aficion decidida de los indios á la poesía, compusieron himnos y cánticos místicos en mexicano, de que se hacen grandes elogios, citándose entre otros los del padre Sahagun, y una composicion sobre el juicio final, del célebre misionero J. Andrés Olmos.

Los instrumentos músicos de los mexicanos eran el huehuetl ó tambor mexicano, hecho de madera y cubierto de una piel de ciervo; el teponaztli, cilindro hueco, todo de madera con unas aberturas y gradaciones en el grueso de la madera, para producir sonidos distintos cuando se golpeaba con bolillos de madera tambien.

Las cornetas, los caracoles marítimos y unas flautas pequeñas de sonido agudísimo, eran todo el instrumental músico. Este arte, dice Clavijero, fué en el que ménos sobresalieron los mexicanos.

Eran tenidos en mucho los bailes, y los mexicanos les daban grande importancia, variándolos y embelleciéndolos extraordinariamente.

El rey, los sacerdotes, lo más florido de la nobleza, las vírgenes consagradas al templo, y los plebeyos de la más ínfima clase, todos bailaban.

Los altos personajes llevaban en las manos plumas, sonajas y flores; ostentaban para el baile los trajes más ricos. Los plebeyos adoptaban la representación de varios animales, y los bufones amenizaban la función.

Comunmente la concurrencia á los grandes bailes se formaba en tres círculos: uno pequeño en el centro; otro más grande rodeándolo á distancia, y otro máximo que abrazaba los dos anteriores.

Se cantaba al són de la música, y el baile comenzaba: el primer círculo se movía grave y respetuoso, el segundo con mayor animación, y el tercero con celeridad extraordinaria y algazara estrepitosa hasta el frenesí. Aquellos remolinos de trajes, de penachos, de plumas, de sacerdotes, de guerreros y de hermosas mujeres, tenían encantos que recuerdan los historiadores con complacencia.

Había variedad de bailes, y el llamado *tocotín* tan lleno de majestad, que se conservó en los templos aun después de la conquista.

Clavijero menciona un baile que consistía en dar vueltas al rededor de una asta elevadísima de que pendían cordones y cintas y que llevaban los bailarines en las manos, tejiendo, al són del baile, jaspes y labores bien matizados y preciosos, deshaciendo estas labores de un modo igualmente vistoso al terminar el baile.

Tenían juegos públicos y privados los mexicanos, como la carrera y los simulacros de campaña, y el volador y la pelota, de que tenemos idea.

En equilibrios y en juegos de manos y piés, eran los mexicanos muy diestros. Mencionan los historiadores el ejercicio que llamamos vulgarmente “bailar la tranca,” y consiste en que un hombre colocado de espaldas en el suelo, sostenga, aviente y haga girar con los piés una viga. Los mexicanos la sostenían con un hombre que bailaba en cada uno de los dos extremos de la viga, lo cual maravilló á los españoles.

La pintura hacia el oficio de escritura histórica: los toltecas fueron los primeros que la usaron: de éstos y de los acolhuas la aprendieron los chichimecas y los otomís que abandonaron la vida salvaje.

No sólo se aplicaban las pinturas á la historia, sino á la cronología, á la astronomía, á los códigos y aun á usos más privados, como los títulos de tierras.

En Texcoco estaba la principal escuela de pintura, y allí existían la mayor parte de los tesoros de la historia que fueron aprovechados por los conquistadores.

Pintaban comunmente sobre el papel ó pieles adobadas, ó telas de hilo de maguey ó de palma llamada *Yecoll*.

Para obtener el color blanco calcinaban la piedra *chimatlizatl*, que así preparado se parece mucho al yeso fino, ó usaban de la tierra mineral *tizatlalli* que produce un blanco mate como la escayola.

El negro lo formaban de humo de ocote.

El azul turquí, de añil.

Para el rojo, de *achiote*; para el morado y la púrpura, la cochinilla.

El amarillo se hace con ocre ó *xochipalli*, que conocemos hasta el día.

Para dar consistencia á los colores, los mezclaban con la planta llamada *cautle* y con el excelente aceite de chia.

No sobresalían en el dibujo los mexicanos, ni tenían estudio ni conocimiento del claroscuro. Las pinturas, aunque dan idea de los objetos y aun de las personas que quieren representar, distan mucho de la perfección.

Representaban las horas que querían describir, con sus propias figuras, aunque muchas veces procedían por indicaciones que bastaban para los inteligentes.

“Respecto á los caracteres numéricos, dice Clavijero, ponían tantos puntos cuantas eran las unidades hasta veinte; este número se representaba con una figura semejante á ésta □ llamada “Pohualli;” una figura que imitaba la extremidad de una pluma equivalía á 400 ó zontli.

“El signo 400 se repetía hasta veinte veces ó sean 8,000, que es otro signo como una bolsa llamado *Xiquipilli*, y con la combinación de dos signos llegaban hasta 160,000.

“Para representar una persona determinada—dice el autor que extractamos—pintaban un hombre ó una cabeza humana y sobre ella la significación de su nombre; como vimos al hablar de los reyes, la poesía y la tradición suplían lo imperfecto de las pinturas.”

En cuanto á sus jeroglíficos, podemos decir lo siguiente:

Los indios del Perú, en coincidencia singular con los chinos, usaban unas cuerdas largas y pequeñas de diversos colores que hacían, aunque muy imperfectamente, veces de escritura.

Los toltecas usaban los jeroglíficos, aun antes de llegar á Huehuetlapalan.

Los mexicanos tenían unos sabios (amoxoaque) destinados á descifrar la escritura jeroglífica.

En los jeroglíficos ó imperfectísimas pinturas que son como escritura mexicana, apenas se distinguen claramente el hombre y la mujer y no los animales y otros objetos. Más que pinturas son signos.

Los colores empleados en esas pinturas son: blanco, negro, azul, rojo, verde, amarillo, morado, etc.

El papel empleado era de algodón, pita, pieles curtidadas, etc., y usaban una especie de punzon ó pincel para pintar.

La mayor biblioteca era la de Texcoco.

La lectura se enseñaba en los colegios. Los libros versaban sobre ciencias, artes, historia y toda clase de materias, teniéndose sumo cuidado y dispensando gran consideración á los cronistas.

En cuanto á la importancia de esta escritura, unos la encarecen y otros la deprimen por creerla adulterada por los frailes.

No obstante lo expuesto, son notables y dignas de crédito la colección de Keensburg, el Código Mendocino, las pinturas Aubin, antes de Boturini, y otras.

Sobre la veracidad de los jeroglíficos puede consultarse á Alba, Ixtlilxochitl, Sahagun, Durán, Torquemada, Gama, Vetancourt y otros.

De todos modos, los jeroglíficos son datos auténticos las más veces y preciosos para la historia.

El Sr. Orozco, de quien extractamos esta nota, opina por que la idea primera para perpetuar un hecho fué reproducirla, y de ahí, para la copia, la necesidad de la pintura.

Simplificando la reproduccion total, un combate lo representaban dos guerreros peleando.

La simplificacion pasó del grupo á los objetos, y en los objetos mismos; un árbol por una rama ó perfil convencional. Así, hombres y animales se representan por las cabezas.

A los signos mímicos ó figurativos se llama kiriológicos.

Los caracteres simbólicos son los convencionales. La escritura ideográfica representaba los objetos, pero con significacion convencional.

Al bautismo lo representaron los indios con un religioso que tenia un jarrito en la mano vertiendo el agua sobre la cabeza del indio.

La escultura fué conocida y practicada por los antiguos toltecas: los mexicanos tenian ya escultores cuando salieron de Aztlan.

Hacian las estatuas en todas posturas y actitudes, lo mismo que los grabados y los relieves en piedra sirviéndose de piedras más duras y de algun cilindro de cobre.

El número de estatuas que encontraron los españoles fué inmenso, al punto que, destrozadas, sirvieron para la mayor parte del cimientó de nuestra Catedral.

En la fundición sobresalian, y de ello pueden dar testimonio los obsequios que hicieron á Carlos V, de que hablaremos despues:

“Fundian, dice Clavijero, una vez un pez que tenia las escamas alternativamente de plata y oro; un papagayo, con la cabeza, la lengua y las alas móviles; un mono con la cabeza y los piés móviles y con un huso en la mano en actitud de hilar. Engarzaban las piedras preciosas en oro y plata, y hacian joyas curiosísimas de gran valor.”

De los mosaicos de pluma tenemos aún alguna idea, aunque muy imperfecta, puesto que los mexicanos hicieron en ellos adelantos tan admirables que dejaban atrás las maravillas del pincel. Tenian los mexicanos en gran estima este arte; cuidaban especialmente los pájaros de que se servian; ocupaban muchas gentes en la preparacion de las plumas, y se vendian á precio de oro las obras que resultaban sobrenaturales.

El pájaro cuyas plumas usaban de preferencia, era el colibrí de esmaltadas y riquísimas. Tomaban las plumas con cierta sustancia blanda para no maltratarlas, y las pegaban á la tela con *tezautli* ó con otra sustancia glutinosa; despues unian todas las partes sobre una tabla ó sobre una lámina de cobre y las pulian suavemente hasta dejar la superficie tan igual y tan lisa que parecia hecha á pincel.

LECCION DÉCIMASEXTA.

ARQUITECTURA.

Los toltecas, como ya hemos dicho, contaban entre los títulos que denotaban su civilización, el de ser adelantados en arquitectura: los chichimecas, acolhuas y otras naciones aprendieron de ellos y dejaron monumentos de sus adelantos en este arte, de los que se mencionan los de las orillas del Gila y los de las inmediaciones de Zacatecas.

Las casas de los pobres eran de cañas ó de ladrillos y fango. Cuando la familia no era del todo infeliz, además de las piezas para la habitación había un *ayahucalli* ú oratorio, un *temazcalli* ó baño y un pequeño granero.

Las casas de la gente acomodada eran de piedra y cal; tenían dos pisos; sus muros eran tan blancos y relucientes, que al verlos por vez primera los españoles los creyeron de plata: el pavimento era de una mezcla igual y lisa.

No usaban puertas, pero sí cortinas, y junto á ellas colocaban tiestos ú otros objetos que hicieran ruido cuando alguno entraba.

Supieron los mexicanos construir arcos y bóvedas, como lo acreditan los baños de Texcoco, así como servirse de adornos que suponen civilización avanzada. Las columnas cuadradas y cilíndricas no tenían

base como las nuestras, y en general los cimientos de los edificios eran débiles.

En tiempo de Ahuitzotl se aplicó el *tetzontli* á las construcciones, y desde entonces se generalizó, dando mayor ligereza y solidez á las construcciones.

Los templos, los palacios de Moctezuma y otros monumentos dicen más que lo que nosotros pudiéramos, y justifican lo que decía Cortés en una de sus cartas á Carlos V:

“Tenía Moctezuma casas tan grandes y maravillosas que no puedo dar á entender de otro modo su excelencia y grandeza si no es diciendo que no las hay iguales en España.”

Construyeron los mexicanos muchos y buenos acueductos.

Los más notables eran los de Chapultepec, que conducían el agua á la ciudad; de piedra y mezcla, de cinco piés de alto y de dos pasos de anchura, y el de Tezcacínco cerca de Texcoco.

Además de la piedra común, trabajaban los aztecas el mármol, el jaspe, el alabastro, el *ixtli*, y otras piedras finas. Del *ixtli* hacían espejos guarnecidos de oro, y aquellas excelentes navajas que usaban en sus espaldas y de que se servían los barberos.

Los joyeros pulían con perfección varias piedras preciosas, con especialidad las esmeraldas, y ninguno se enterraba sin que tuviera una colgada en el labio inferior para que le sirviese de corazón, según ellos decían.

Los alfareros no sólo hacían toda clase de vajilla

para los usos domésticos, sino cosas de pura curiosidad. Los más famosos alfareros fueron los de Cholula, y despues de la conquista, los de Cuautitlan.

Los carpinteros trabajaban muy bien toda clase de madera, usando instrumentos de cobre para su ejercicio.

Las fábricas de tejidos eran conocidas y propagadas entre los aztecas, aunque les eran desconocidos la lana, la seda comun y el cáñamo.

Suplian esas materias con algodón, pluma, pelo de conejo y de liebre, y el cáñamo con fibras de palma y de maguey.

Del hilo de maguey se servian para cuerdas y otros utensilios.

Curtian muy bien las pieles de cuadrúpedos y de las aves, dejándoles unas veces el pelo y la pluma, ó quitándoselos, segun el uso que de ellos querian hacer.

Clavijero, para dar una idea de la industria y de los adelantamientos de los mexicanos, en las artes copia la lista de las curiosidades enviadas por Cortés á Carlos V. En esa lista se mencionan las imágenes del Sol y de la Luna, de oro la primera y de plata la segunda, perfectamente trabajadas; brazaletes y collares con esmeraldas y rubíes, zapatos, pieles, espejos de piedra y tejidos de algodón, que fueron justamente admirados en Europa.

Además del conocimiento que tenian los mexicanos en varias industrias, como ya hemos expuesto, mencionan algunos historiadores sus adelantos en la Medicina.

“A los médicos mexicanos—dice Clavijero—debe la Europa el tabaco, el bálsamo americano, la goma copal, el liquidámbar, la zarzaparrilla tepaneca, piñones purgantes, etc.” Tenian eméticos como el *Microchil*, diuréticos como el *Agispalli*, antidotos contra las mordeduras de las serpientes, como el *guaco* y el *coapatli*; estornutatorios como el *zozoyatic*; febrífugos como el *chatalhuic*, y multitud de plantas de que hace mencion el Dr. Hernández.

Usaban para los baños, del *temazcalli*, especie de horno en que recibian baños de vapor.

Es raro que los mexicanos no estuvieran expuestos á muchas enfermedades, atendiendo á sus alimentos, que ofrecen singularidades notables.

Comian en sus dias de miseria, y aun despues, raíces de plantas acuáticas, culebras, insectos y moscas. De los huevos de ciertas moscas formaban el *ahuautli*. Comian esa nata fangosa que náda sobre las aguas, que se conocia con el nombre de *Tecuittatl*, es decir, excremento de piedra. Cuando mejoró la fortuna de los mexicanos, el principal alimento fué el maíz en sus diferentes preparaciones.

Comian tambien el cacao: la chia para las bebidas.

Los mexicanos no hacian consumo de carne como los europeos; no obstante, en los banquetes y en las mesas de los ricos se servian ciervos, conejos, jabañes mexicanos, y otros varios cuadrúpedos, peces y aves.

Las frutas más estimadas eran mamey, zapote, chicozapoté, piña, chirimoya, aguacate, anona, pitahaya,

capulin, tuna; siéndoles desconocidas, entre otras frutas, las peras, las manzanas y los melocotones.

El condimento de los manjares, además de la sal, era el chile y el tomate.

La bebida más estimada como vino era el pulque, palabra tomada de la lengua araucana, que se aplica á toda clase de bebidas en Chile.

Los vestidos de los mexicanos eran sencillos en extremo, y se reducian, en los hombres, al *maxtlatl* y al *tilmatl*, y en las mujeres al *cucill* y al *huepilli*. El *maxtlatl* es una faja con las extremidades pendientes por delante y por detrás. El *tilmatl* era una capa cuadrada, de cerca de cuatro piés de largo, cuyas extremidades se anudaban al pecho ó sobre un hombro.

El *cucill* eran las enaguas comunes de que se servian las mujeres: se reducía á una tira, tambien cuadrada, en que se envolvian desde la cintura á media pierna.

Hombres y mujeres, entre los mexicanos, se dejaban crecer el pelo. Las mujeres llevaban la cabellera suelta, y los hombres se la ataban con cintas y la adornaban con penachos de plumas.

Adornaban el traje con flecos de oro, con plumas y joyas, y los hombres y mujeres usaban brazaletes, collares y pendientes de piedras preciosas en las orejas, en el labio y la nariz.

No correspondian á tanto lujo los muebles y artículos domésticos.

Las camas se reducian á una ó dos esteras de junco: los ricos tenian sábanas de algodón ó telas tejidas de

plumas. La almohada de los pobres era una piedra ó un pedazo de madera.

Comian al rededor de una estera ó petate. Tenian servilletas, platos, fuentes, ollas y jarros de barro. En ninguna casa faltaban el comal y el metate.

Jícaras y tecomates eran los vasos en que comunemente bebían.

Desconocian los mexicanos el uso de la luz artificial. Sacaban fuego, cuando les era necesario, con el roce de dos palos.

Parece que comían una sola vez: comían poco, pero bebían mucho y con frecuencia. Fumaban muy poco. Para asearse y lavar sus ropas se servían del amoli, conocido hoy, porque lo usa como jabon nuestra gente pobre.

NOTA.—Esta última parte de la Historia antigua referente á las leyes y costumbres, así como al estado de civilizacion de los mexicanos, sería difusa al extremo, y aun inconveniente por su superficialidad, si no hubiera sido dispuesta con dos objetos: primero, para despertar en el ánimo de la juventud el amor á más serios estudios análogos al carácter filosófico de la Historia, y en segundo lugar para que el maestro, con su buen criterio y en vista de la aptitud de sus discípulos, compendie ó amplie estas materias, por desgracia muy descuidadas en otros compendios.